

Siete cuervos & ocho cuentos

Jairo Buitrago



Ilustraciones Juan Camilo Mayorga

Cataplum Libros

Contenido

Contenido	2
Invasión extraterrestre	3
Androcles y el león	6
El mamarracho	12
Las estampidas	14
Una niña perdida y encontrada	17
Las preguntas de Luis	21
Siete cuervos	27
La oveja	31

Invasión extraterrestre

Los invasores llegaron un viernes, tocaron a la puerta y el dueño de casa los hizo pasar amablemente, porque casi no tenía visitas en su cabaña aislada del mundo y porque además ya iba a llover. Eran muy bajitos, le pareció al señor, pero no tuvieron inconveniente en saltar para sentarse en el sofá. Eso hizo que el señor pensara que también eran muy ágiles. Se fijó en sus pieles, que tenían un tono verdoso, pero lo hizo disimuladamente para no parecer impertinente.

Les ofreció café, y aceptaron. Se los sirvió en las tazas finas que había heredado de su madre. Era lo único que había heredado porque tenía muchos hermanos, aunque ninguno de ellos lo visitaba.

-No venimos a destruir el mundo -dijo uno de los dos visitantes mientras sorbía el café.

-Venimos en son de paz -dijo el otro haciendo muecas de desagrado.

Era evidente que a ninguno de los dos visitantes les gustaba el café.

-No tienen que tomárselo si no quieren -dijo el señor-. Puedo hacerles un té también o invitarles una taza de leche.

-Venimos de la sexta luna más grande de Saturno -siguió explicando el visitante.

-Pero nuestra nave se estrelló por allá -dijo el otro señalando algún punto en el aire.

-De verdad puedo prepararles otra cosa, a lo mejor no están acostumbrados al café fuerte, también estaba horneando pan por si gustan.

-Debemos regresar a nuestra nave, nuestros cuerpos aún no se acostumbran a esta atmósfera. Pero no sabemos cómo llegar allá. -Y señaló de nuevo con el dedo largo y viscoso algún punto indeterminado.

De repente a uno de ellos se le cayó un objeto pesado en el viejo piso de madera.

Era un arma láser, o al menos eso le pareció al señor, aunque no quiso decirles nada para no incomodarlos.

-Venimos en son de paz -le dijo el visitante mirándolo fijamente con sus ojos de reptil.

-No venimos a destruir el mundo -complementó el otro.

-¿Al fin van a querer algo de pan? -preguntó amablemente el señor.

Los visitantes se levantaron de un salto del sofá y caminaron hacia la puerta.

El señor los acompañó a la salida.

Afuera llovía, así que les prestó su paraguas. Tuvo que enseñarles cómo se usaba.

No tardaron mucho en entender.

“Son muy inteligentes”, pensó el señor mientras los veía alejarse de su casa bajo el paraguas.

-¿A dónde van? -se atrevió a gritarles.

-No lo sabemos, al lugar donde se estrelló nuestra nave... Creemos que fue por allá.

-A lo mejor necesitan dinero para tomar el autobús, caminando no van a llegar a ningún lado.

Buscó en un cajón un cerdito alcancía y lo rompió.

Los visitantes aceptaron gustosos el dinero y el señor les explicó cómo se usaba. Lo entendieron todo.

Luego se alejaron y se perdieron en el camino.

El señor de nuevo se quedó solo. En su repisa observó las fotos de su familia, quizás con más tiempo les enseñaría los viejos álbumes de fotos y les diría que se quedaran, tenía un cuarto extra muy Cómodo.

Pero pensó que tendría oportunidad de hacerlo si regresaban a devolverle su paraguas.

Androcles y el león

Hace mucho tiempo, como dos mil años, vivía no muy lejos de Roma un chico que tenía el inverosímil nombre de Androcles. Claro que en esa época su nombre era de lo más común, y como sus compañeros de escuela se llamaban Poncio, Cayo, Porcia o Marcelo, nadie lo molestaba por llamarse Androcles.

Un día Androcles no quiso ir a la escuela y se fue a vagar esa tibia mañana por el campo, entre trigales y manzanos. Y como en Roma había tantos y tan lindos caminos se alejó muchísimo de la gran ciudad.

Entonces se encontró con una caravana de animales bien resguardados en jaulas de madera que un grupo de griegos llevaba al circo romano. Androcles estaba maravillado, nunca había visto bestias como esas, todas eran muy hermosas.

-¿Para dónde llevan a estas criaturas tan bellas?

-le preguntó al jefe de la caravana.

-Van al circo, a los juegos.

-Mi padre nunca ha tenido dinero para llevarme a los juegos del circo.

-¿A mí qué me importa? -le dijo groseramente el jefe de la caravana-.

Ya deja de hablarme, que estoy en mi hora de almuerzo.

Androcles se enojó y le sacó la lengua.

Decidió darse una vuelta para ver gratis a los animales. Pero todos parecían estar muy nerviosos a causa de los rugidos furiosos de un león que estaba al final de los carromatos.

Las jirafas movían su cuello de un lado a otro, las cebras pateaban los barrotes, el elefante sacudía con fuerza su cabeza, los bisontes mugían. Los hombres que los cuidaban estaban ansiosos y enojados.

Androcles se aproximó con cuidado a la jaula del león, que estaba energúmeno, y se fijó en sus ojos amarillos que parecían echar chispas. Cuando el león lo vio rugió con más fuerza e hizo tambalear al chico.

Pero entonces Androcles, que era muy observador, se dio cuenta de que una de sus patas delanteras estaba afuera de la jaula y parecía más grande de lo normal. Al aproximarse para verla mejor observó cómo una espina se asomaba en la planta de la inmensa garra. Y así, con la mayor naturalidad, la tomó con dos dedos y se la sacó.

Al león se le escurrieron dos lagrimones y dejó de rugir. Todos se habían quedado boquiabiertos al ver lo que había pasado. Luego Androcles se arrancó un pedazo de su túnica y con suavidad envolvió la zarpa del león, que lo miraba tranquilamente.

El jefe de la caravana se acercó también para ver lo que ocurría.

-Vaya... -dijo rascándose la cabeza- pues muchas gracias, niño. Ese león nos estaba volviendo locos.

-Era solo una espina. Es una lástima que ahora...

-¿Qué? -le dijo el jefe de la caravana -¿Por qué te entristeciste de repente, niño?

-No es nada, solo que...

-¿Qué? -dijeron los demás hombres de la caravana

-¿Qué te ocurre?

-Que como mi padre no tiene dinero para comprar entradas para el circo... pues ya nunca podré volver a ver al león que ayudé ni los demás animales ni tampoco a los gladiadores...

-¿Eso era todo? -le dijo sonriendo el jefe de la caravana, como si ahora tuera un viejo amigo de Androcles -¡Yo te regalo dos entradas para los próximos juegos!

Entonces le dieron dos boletos dorados muy brillantes.

-¡Y son PMV! -le dijo uno de los hombres.

-¿Y qué es PMV?

-Populos Magna Valde, es decir «Personas Muy Importantes». Tendrás tus asientos en el mejor lugar y muy cerca del emperador.

Androcles no lo podía creer, le temblaban las piernas y, con una sonrisa dibujada en su cara, regresó a su casa. En casa lo primero que le preguntó su padre fue sobre escuela y Androcles le mintió. Su padre, que se Valerio, llamaba era un romano muy correcto y chapado a la antigua, porque aún en tiempos antiguos había chapadas a la personas antigua. Su padre nunca hubiera permitido que faltara un día a la escuela, así que Androcles continuo mintiendo:

-Mira, padre mío, dos entradas que me he ganado en una rifa en la escuela. ¡Y son de las mejores!

-¡Vae! -le dijo su padre en latín, que quiere decir algo así como: « ¡Ay de ti si me estás mintiendo!».

Pero cuando Androcles le mostró las dos invitaciones doradas, Valerio abrió los ojos sorprendido y feliz, y se olvidó de todo lo demás... Ya iba a cumplir cincuenta años y nunca había visto de cerca a ningún emperador.

Androcles casi no pudo dormir esa noche, por fin iría al circo romano como todo buen romano. Su padre no hubiese entendido aquel asunto del león.

Y entonces por fin llegó el día esperado.

Hacía un sol radiante que iluminaba la arena, pero Androcles y su padre estaban en unos lugares perfectos, con sombra. Podían ver de cerca al emperador, gordo, pecoso y pelirrojo, que miraba el espectáculo y a los espectadores a través de un rubí.

Primero salieron los gladiadores, y la gente enloquecía, luego las carreras de cuadrigas y, al final, soltaron a un gigantesco león para que se enfrentara con un fornido oso pardo y con un elefante. La gente estaba de pie, expectante. Pero el león no tenía interés alguno en atacar a los otros animales porque ya había comido.

Dio una vuelta por la arena y decidió saltar a las graderías para echar un vistazo.

-¡Auxilium! ¡Nos devora el león!-gritaba la gente mientras corría despavorida.

El león correteaba contento en medio de la gente que se arrojaba a la arena o se desmayaba. Y así llegó hasta donde estaba Androcles y su tembloroso padre.

-¡Is finis noster! -dijo Valerio, es decir: « ¡Es nuestro fin!».

Pero no, no era su fin todavía porque el león y Androcles se reconocieron mutuamente.

-¡Ah!-dijo Androcles sonriendo con un poco de nervios-, eres el león del otro día.

Y su papá empezó a sospechar algo.

El león abrazaba con sus zarpas a Androcles y pasaba su enorme lengua por su cara. Todos los asistentes al circo estaban en silencio observando, hasta el emperador desde su palco estaba boquiabierto. Y fue entonces cuando se empezaron a escuchar vivas y aplausos.

Androcles no podía creerlo, era una celebridad en la capital del imperio. Hasta sus compañeros de la escuela y su maestro estaban presentes y gritaban emocionados. Todos, menos su padre.

-¿Cómo conociste a ese animal? -preguntó su papá.

-¡Pues una mañana en que le sacó una espina de su zarpa! -dijo el jefe de la caravana, que casualmente estaba ahí.

-Seguramente fue esa mañana que no asistió a la escuela -dijo el maestro de Androcles desde unas gradas más abajo.

«Qué mala suerte, todos vinieron hoy al circo», pensó Androcles.

Y aunque se convirtió en una se fue celebridad y el león a vivir con ellos como mascota, su odiaba las mentiras, padre, que simplemente le dijo con su voz más enojada:

-Poema.

Y si, ya se lo imaginan, eso quiere decir: "Estás castigado".

El mamarracho

La niña se asomó a la ventana y ahí estaba el mamarracho.

Le preguntó a su abuela si podía dejarlo pasar a jugar un rato.

-Sí -le dijo la abuela-, pero tienen que rezar un ratito conmigo.

La niña le hizo una señal y el mamarracho entró corriendo a la casa, pero no se limpió los pies y dejó las huellas en el piso recién encerado.

Como el perro de la abuela no dejaba de ladrarle, la niña lo encerró en el patio de atrás. Los gatos huyeron y se escondieron arriba de un armario.

Se pusieron a rezar los tres. Pero el mamarracho le hacía muecas a la niña y bizcaba los ojos para que se riera. El mamarracho no sabía rezar.

La abuela era un poco ciega, así que no le importaba mucho el aspecto del mamarracho.

Les sirvió de comer y el mamarracho derramó la sopa encima de la mesa. La niña se enojó, pero la abuela no se dio por enterada.

-Es una buena abuela tu abuela -le dijo el mamarracho a la niña.

-No se habla con la boca llena -le respondió la niña.

Luego el mamarracho tiró una lámpara, persiguió al gato y liberó al canario de la abuela.

-Eso no se hace -le gritó la niña.

Más tarde jugaron a la casita, a tomar el té con las muñecas y el osito de peluche. El mamarracho le arrancó un ojo al osito. La niña le dijo que le pediría a la abuela que se lo cosiera.

Luego, justo antes de que los padres de la niña vinieran a buscarla, el mamarracho salió por la ventana y se fue.

Los padres llegaban en las noches porque trabajaban hasta muy tarde y siempre tenían mal humor. Pero extrañamente esa noche estaban sonrientes.

La abuela les entregó a la niña muy bien abrigada y los padres le dijeron:

-Desde mañana ya no traeremos a Eugenia porque nos han dado vacaciones.

Se subieron a su coche y los tres se despidieron con la mano.

La abuela les pidió que esperaran porque tenía algo que darle a Eugenia. Era un sobre cerrado con una nota.

-Es un secreto entre las dos -le dijo la abuela- ¡Adiós, niña!

Cuando el coche la nota de su partió, la niña abrió el sobre y leyó abuela:

Le dije al marramacho, o como se llame, que viniera a visitarme aunque tú no estuvieras en casa.

Te quiere,

La abuela.

Las estampidas

A Matías, el más pequeño de la casa, le gustaban las estampitas. ¿A quién en el mundo no le gustan las estampitas? De aviones, de monstruos, de luchadores, de volcanes. El papá no le compraba estampitas porque había hipotecado la casa y, como le dolía la cabeza todo el tiempo, se gastaba el poco dinero extra en pastillas.

La hermana tenía estampitas de los Ramones y de jugadores de béisbol. Las guardaba en una caja de lináloe que olía rico y se las dejaba ver a Matías una vez al año.

Matías miraba extasiado la estampita de Joey Ramone -que era el cantante de los Ramones-, la tomaba de la esquina porque la hermana se enojaba si le dejaba sus huellas marcadas.

Matías tenía seis estampitas; su favorita era la de un dinosaurio que le había salido en un chocolate. Ya estaba muy desgastada y manoseada.

Su amigo, o mejor, el niño que se sentaba a su lado en el salón de clases, le mostró un día sus estampitas mientras el profesor explicaba algo de historia o de geometría... idaba igual!

Eran de robots. Era lo más increíble que Matías había visto. Brillaban. Robots de todos los tamaños.

-¿Tú tienes estampitas? -le preguntó el niño a Matías.

Matías dijo sí con la cabeza. Ese niño a veces lo hacía sentir tímido.

-¡Tráelas mañana! -le dijo muy feliz el niño que se sentaba al lado-. ¡Y las intercambiamos!

En el recreo Matías le contó a su mejor amiga, que estaba en otro salón, lo que le había propuesto aquel niño. A Matías le gustaba hablar con ella, se sentía seguro. Eso pasa con los amigos.

-Dile a tu papá que te compre unas estampitas -le propuso su mejor amiga.

Ella siempre daba los mejores consejos.

En la tarde, en su casa, Matías le pidió a su papá unas estampitas.

No -le dijo- Recuerda que hipotequé la casa.

A Matías se le llenaron los ojos de lágrimas, no podía evitarlo, se le había olvidado lo de la casa y las pastillas para el dolor de cabeza.

Su papá, entonces, le propuso:

-Dile a tu abuela que te preste sus estampitas. Ella tiene un montón en su cajón.

Matías no lo sabía, su abuela colecciónaba estampitas y no se lo había contado!

Muy contenta, la abuela vació el cajón sobre la colcha de su cama. ¡Iba a compartir sus queridas estampas con su nieto!

-Este es san Lázaro, todo cubierto de llagas -explicó la abuela.

-¡Guácala! -respondió Matías.

-Esta es santa Lucía de Siracusa, y lo que lleva en la bandeja son los ojos que le sacaron -le explicó la abuela.

Matías estaba asombrado.

Luego, la que abuela le mostró a san José de Cupertino, que podía volar; a san Patricio, que expulsó a las serpientes de Irlanda; a san Drogón, que tenía el poder de estar en dos sitios a la vez; a Jonás, que se lo tragó una ballena.

Matías miraba las estampitas con detenimiento, pero no estaba muy seguro. La abuela le estuvo mostrando más y más santas y santos, y así pasó la tarde y llegó la noche.

Al día siguiente, en el colegio, Matías le mostró a su compañero las estampitas que le había regalado su abuela y el chico le dijo inmediatamente:

-Te cambio uno de mis robots por ese caballero de la armadura y el dragón.

-No, la de san Jorge vale tres robots.

Una niña perdida y encontrada

Como siempre pasa, una niña se perdió en el bosque.

Después de comer encima de un lindo mantel de cuadros, su padre decidió tomar una siesta y la niña caminó entre árboles gigantescos hasta que no supo la manera de regresar a su lado. La niña lloraba y lloraba, porque cuando uno es pequeño y se pierde en el bosque todo parece más grande y se escuchan ruidos extraños.

Un pájaro negro desde lo alto de un roble la miró con curiosidad. Pero la niña estaba tan asustada que no fue capaz de mirarlo.

Le daba angustia pensar que no vería más a su padre y que si caía la noche tendría que convertirse en una niña salvaje. Además, estaba descalza porque había dejado sus zapatos nuevos a un lado del mantel.

Un ángel apareció detrás de un tronco viejo y se acercó a la niña.

-Soy tu ángel de la guarda -le dijo.

-¿Y a mí qué me importa? -respondió la niña que, como es normal, estaba muy enfadada por haberse perdido.

-Bueno, no tienes que ser grosera -dijo el ángel de la guarda- Voy a ayudarte a encontrar el camino de regreso.

A la niña le pareció que no era experto en bosques, su túnica estaba demasiado blanca y usaba sandalias.

Pero era lo mejor que tenía a mano.

El ángel señaló sonriendo una ruta y ella lo siguió.

-¿Estás seguro de que es por aquí? -preguntó la niña.

-Por supuesto -respondió sin mirarla. El ángel parecía confundido y la niña pensaba que se estaba alejando más y más.

-¿No tienes una brújula? -preguntó otra vez la niña.

-No tengo -dijo el ángel de la guarda, un poco fastidiado.

Y, sin fijarse, el ángel tropezó con una raíz asomada en el suelo y cayó de panza en un charco.

La niña, que seguía lloriqueando y enojada, se detuvo a verlo y trató de no reírse. Su túnica blanca era un desastre.

-¿Te caíste? -preguntó la niña.

El ángel miraba hacia arriba, hacia el cielo, con la boca abierta, y no quiso responder.

-Pronto va a llegar la noche -siguió hablando la niña- y va a ser peor si no me ayudas a regresar. Podemos buscar a un guardabosques y reportarnos como perdidos.

-No -exclamó el ángel poniéndose de pie y sacudiéndose la mugre-, dije que te iba ayudar y te voy a ayudar.

Caminaron otro rato y la niña se fijó en el ángel que cojeaba un poco.

-¿Tienes agua?

-No.

-¿Tienes una linterna?

-No.

-¿Una cajita de cerillos para hacer una fogata?

-No.

-¿-Algún teléfono?

El ángel se rascaba la cabeza y ya no respondía. -

¡Mira! -dijo de repente- Estos son hongos comestibles. Y señaló unos muy lindos de color encarnado y lunares blancos.

-Pues si son comestibles, pruébalos tú-dijo la niña con los brazos cruzados. De nuevo estaba enojada. Enojadísima.

El ángel dudó por un momento, no se atrevía a probarlos. Arrancó el más grande para verlo de cerca: no olían mal por lo menos. Y entonces le dio un buen mordisco. A los pocos segundos estaba retorciéndose con dolor de barriga sobre las hojas secas del bosque.

-¿Estás chiflado? -le gritó la niña.

El ángel se enojó y arrojó con rabia el hongo contra el inmenso tronco de un roble. Entonces la niña reconoció ese tronco porque tenía marcado un corazón con dos nombres adentro: «Manolito & Ana».

Se dio cuenta que detrás de ese árbol estaba su papá durmiendo todavía la siesta, se escuchaban sus ronquidos.

Se despidió del ángel con la mano. Al final, nunca se alejó más de veinte pasos del lugar elegido para su día de campo.

Cuando la niña y su papá se volver a la alejaron en su coche para volver la ciudad gris y triste, el ángel los vio desde los arbustos. Voló hacia el cielo, dio una voltereta en el aire para elevarse de nuevo casi hasta perderse en las nubes.

Estaba satisfecho por haber sido útil, aunque todavía le dolía un poco la barriga.

Las preguntas de Luis

Las preguntas de Luis eran algo raras, y a sus padres les costaba mucho responderlas.

Un día que no fue a la escuela porque se sentía mal, le preguntó a mamá:

-¿Cuando ya no esté enfermo puedo seguir tomando el jarabe para la tos?

-¿Pero qué estás diciendo? ¡Claro que no! Ya no se puede.

-¿Y por qué no se puede?

-Porque ya no tienes tos, y deja de hacerme ese tipo de preguntas.

A Luis le gustaba el sabor de frutas de ese jarabe, eso era todo. Pero su mamá se había ido dejándolo solo con sus preguntas.

-¿Dónde está Dios por las noches? -le preguntó en el desayuno a su papá.

-¿Cómo? Pues está ahí, por ahí.

-¿Por dónde? ¿No duerme?

-Mira, hijo, yo trabajo en una fábrica, soy operario y nunca me lo he preguntado y he vivido muy feliz.

Pregúntale a tu mamá.

Mamá se dispuso a responder porque ya sabía que las preguntas de Luis les causaban ciertos problemas.

-Dios duerme solo el domingo, porque es el día de descanso.

-¿En serio? -preguntaron al mismo tiempo papa y Luis. Pero ella por lo general sabía huir en el mejor momento.

Más tarde, Luis vio a su mamá planchando una torre de ropa y no quiso molestarla. Esperó un rato y luego sintió la necesidad de preguntar. Simplemente no podía evitarlo.

-Mamá, ¿hay lugares en el mundo que son en blanco y negro? Es que estuve viendo unas fotos y...

-Hijo, no, el mundo es en color en todos lados... creo, pero yo no he viajado mucho la verdad. Y no voy a viajar porque tengo que planchar tu ropa y otro montón más.

-¿Hay más árboles o más edificios en el mundo?

-¿Qué tal si vas a jugar?

Y Luis se iba a jugar por ahí. Pronto encontraba algo asomándose a la ventana o en la vieja enciclopedia con dibujos que lo hacía pensar en más preguntas. No podía evitarlo, quería saber cosas, si no hacía la pregunta, más tarde no podía dormir.

En la noche, cuando llegó su papá de trabajar y tomaban sopa preparada por su mamá en la pequeña cocina, volvió a preguntarles a sus padres:

-¿Los bichitos que están dentro de las frutas cómo hacen para respirar?

Su papá y su mamá tomaban la sopa en silencio.

Luis decidió esperar un poco para la siguiente.

Possiblemente cuando terminaran la sopa sería un buen momento. Pero no pudo esperar:

-¿Cómo voy a saber cuál es el último día en que voy a ser un niño?
¿Alguien te avisa en la escuela o algo así? ¿Me harán una fiesta?

Su mamá miró a su papá y su papá miró a su mama. Luego los dos miraron a Luis.

ÉL comprendió que otra vez sus preguntas no iban a tener respuesta. Termino su sopa y llevó su plato al fregadero. Luego miró de nuevo a sus padres, que seguían sentados frente a la sopa con caras de cansancio.

Cepilló sus dientes, se puso la pijama y ubicó una pequeña silla frente a la ventana para sentarse a pensar un rato en más preguntas antes de dormir.

El sábado muy temprano su papá fue a la biblioteca y pidió un montón de libros. Leyó toda la tarde y tomó notas en un cuaderno hasta que cerraron la sala de lectura.

Llegó con una sonrisa de satisfacción y muchas respuestas para Luis. Mamá no estaba tan segura de que ese plan funcionara.

Papá estuvo espiando a Luis por toda la casa. Esperaba que en algún momento soltara alguna pregunta y no lo tomara desprevenido.

Cuando menos lo esperaba Luis apareció de repente frente a él.

Papá estaba nervioso, le sudaban las manos. Aun así se sentía listo para sus preguntas.

Pero Luis se paseó por la sala un rato, miró la calle lluviosa otro rato, encendió la televisión y luego volvió a apagarla.

No hizo ninguna pregunta.

Su papá decidió que era el momento de contraatacar.

-Hola, hijo.

-Hola.

-Me preguntaba si no te interesaba hacerme alguna pregunta. –

¿Ahora?

-Sí, ahora mismo.

Luis no sabía qué decirle. Le parecía que su papá actuaba raro, además de que no tenía idea de qué preguntar.

-Yo sí tengo una pregunta -dijo papá-. ¿Sabes cuál es el dinosaurio más grande?

A Luis nunca se le había ocurrido pensar en eso.

Su papá insistió:

-¿Sabes por qué nuestro planeta se llama «Tierra»? ¿Los dragones son reptiles o aves?

Luis pensó que eran demasiadas preguntas. No le interesaba ninguna por el momento, a decir verdad. Además, le había dicho que era una sola pregunta y ya llevaba tres.

Pero papá no se daba por vencido:

-Cuando niño me sentaba a ver las luces de la ciudad y quería saber cómo se encendían las de nuestra casa nada más con pulsar el interruptor... ¿Nunca te has hecho esa pregunta?

-No, nunca me he hecho esa pregunta.

Su papá estaba un poco decepcionado, pero se quedó un rato acompañando a Luis hasta que le dio sueño.

Y se fue a dormir cabizbajo y arrastrando sus pies.

Entonces mamá se sentó a hablar con Luis y le dijo que sería buena idea hacerle alguna pregunta de dinosaurios o de geografía a su papá. Se había esforzado por leer sobre muchos temas en la biblioteca. Mamá, además, prometió llevarlo muy pronto para que la conociera. A Luis le pareció una idea formidable, porque la vieja enciclopedia que tenía bajo su cama ya se la conocía de principio a fin.

Su mamá también le contó que ella no había estudiado mucho porque desde muy chica tuvo que trabajar para ayudar a sus abuelos. Luis nunca se había preguntado esas cosas. Se imaginó a mamá cuando niña.

« ¿Cuáles serían sus juegos favoritos?», pensó.

Estuvo pensando parado frente a la puerta del cuarto antes de entrar y hacer la pregunta adecuada a su papá. Cuando por fin la tuvo, empujó

la puerta con suavidad y se acercó sigilosamente a él. Carraspeó para llamar su atención y, luego de un rato, al fin le preguntó:

-¿Cómo funciona la máquina que manejas en la fábrica?

Los ojos de su papá se iluminaron, no esperaba nada de eso y, sonriendo, empezó a explicarle con detalles absolutamente todo a su hijo. Luis no entendía ni la mitad de las palabras, pero estaba contento de ver feliz a su papá.

Lo que Luis en verdad quería preguntarle era porque Caperucita Roja le creyó al lobo disfrazado de abuelita, si los lobos tienen la lengua tan larga, babean todo el tiempo y no se parecen a las ancianitas.

Eso sí era algo que no lo dejaba dormir.

Siete cuervos

Siete cuervos llegaron a la casa de una pareja de granjeros. Les dijeron que eran siete príncipes encantados víctimas de una maldición y que estaban cansados de viajar.

Y los granjeros, que eran muy buenos y muy crédulos, les dieron de cenar y los acomodaron en una cama tibia y cómoda en el desván de su casa.

Al otro día los cuervos despertaron muy tarde y empezaron a exigir su desayuno. La esposa del granjero corría de aquí para allá con pan y mantequilla, y con mazorcas de maíz y con queso y tocino.

El granjero, que estaba despierto desde la madrugada, miraba todo con la boca abierta. Nunca había visto animales que comieran tanto.

-Son unos príncipes -le dijo su esposa con los cachetes colorados de ir y venir de la cocina a la mesa-, tenemos que atenderlos bien.

El granjero se encogía de hombros. Como no había conocido a ningún príncipe no sabía cómo debían ser tratados.

Y así pasó una semana.

Los cuervos comían y bebían, bailaban y se reían todo el día.

-¿Acaso los príncipes no trabajan? -preguntaba en voz baja el granjero a su esposa.

- Claro que no -respondía ella.

Y el pobre granjero ya no los soportaba, su perro les duraba todo el tiempo y el gato estaba escondido en un cajón desde hacía varios días.

El granjero se fue a caminar por ahí, donde no estuvieran los príncipes transformados en cuervos, y se encontró a su vecina, una niña que se llamaba María Josefa.

Se sentaron en un tronco viejo al lado del camino y el granjero le contó la historia de los siete cuervos. María Josefa se rascaba la cabeza, ella nunca había visto príncipes de verdad y, mucho menos, a unos convertidos en pájaros por culpa de una maldición.

Decidió acompañar a su vecino y verlo con sus propios ojos.

Cuando llegaron, los cuervos estaban tomando un baño de agua caliente.

-¿Agua caliente? -le dijo enojado el granjero a su esposa-, a mí nunca me toca agua caliente para bañarme.

-Ellos son príncipes y además a ti no te importa, tú te bañas una vez al mes -respondió ella.

A María Josefa todo le parecía divertido.

Se acercó a la bañera a ver a los cuervos de cerca y los encontró muy normales. Eran unos cuervos comunes y corrientes: inteligentes, limpios, charlatanes y Simpáticos. Pero no cabía duda, no eran ningunos príncipes.

-Sus majestades -les dijo la niña a los cuervos mis vecinos me han encargado de cuidarlos y entrenarlos en la vida del campo para que no se aburran, así que vendré por ustedes mañana temprano.

Los cuervos se miraron unos a otros sin saber qué hacer. Luego de cuchichear entre ellos un rato, decidieron decirle que sí.

María Josefa era una niña que no iba a aceptar otro tipo de respuesta.

A las cinco de la mañana, María Josefa entró al desván donde dormían los cuervos tocando una campana y gritando.

En menos de diez segundos los cuervos estaban de pie sobre la cama y todos tenían sus plumas erizadas. Bajaron la escalera marchando en fila mientras María Josefa gritaba:

-¡Un, dos, un, dos!

El granjero los esperaba en la puerta y a cada uno le dio una galleta salada.

-¡Afuera! -les gritó María Josefa-. ¡Trabajaremos en el maizal todo el día!

Y eso fue lo que hicieron.

Desde la madrugada hasta la tarde, los siete cuervos recogieron las mazorcas, las llevaron al silo en carretillas, limpiaron el campo de hierbas malas, desgranaron, molieron, regaron con una manguera los sembrados.

A la tarde regresaron a la casa y comieron sopa de avena, pero algunos se quedaron dormidos sobre la mesa.

-¡A dormir! -les dijo María Josefa-. Mañana tenemos que madrugar para ordeñar las vacas y limpiar el chiquero.

Los cuervos, arrastrando los pies, cabizbajos, subieron la escalera marchando en fila.

Al día siguiente, en la madrugada, María Josefa subió al desván tocando la campana y una cornetita. Pero cuando entró la ventana estaba abierta y la cama vacía.

Los cuervos volaban en el horizonte de frente al sol que apenas nacía.

-¿Volverán los príncipes? -le preguntó el granjero desde afuera cuando ella se asomó por la ventana del desván.

-Tal vez, pero usted y yo vamos a poner hoy dos lindos espantapájaros en medio del maizal.

El granjero sonrió. Le gustaba mucho tener de vecina a una niña como María Josefa.

La oveja

Para la fiesta de Navidad la maestra de 4ºB preparó una obra de teatro: El nacimiento. Los niños de la fila de adelante tenían los papeles principales: María, José, los tres Reyes Magos, un ángel y varios pastores. Ana María, la más linda del curso, sería la estrella de Belén, así que únicamente tenía que brillar y sonreír sentada sobre el establo de cartón.

Para los demás chicos la maestra preparó otros papeles, aunque no brillaran mucho como Ana María, la estrella.

Los mellizos Iñigo y Fermín serían el burro y el buey y todos se murieron de risa cuando la maestra se los anunció. Luego se pelearon porque Iñigo quería ser el buey y no el burro, y Fermín no quería que su hermano le quitara el papel de buey. La maestra les dijo que daba lo mismo porque ninguno de los dos tenía que hacer mucho, salvo mover sus cabezas y respirar de vez en cuando en el fondo del establo.

Los chicos de más atrás eran algo especial, Daniela y Su mejor amigo, Patricio.

La maestra también tenía un papel para cada uno. Daniela sería una oveja y Patricio un árbol.

-¿Qué tipo de árbol voy a ser? -le preguntó Patricio a la maestra.

-Un árbol cualquiera-respondió la maestra, que estaba muy ocupada repasando los papeles con María, José y los tres reyes.

-¿Qué tal un roble? ¿O un pino? ¿Podría ser un manzano con manzanas?

-¡Un árbol simple! Te quedaras atrás muy quieto y muy guapo, como un buen árbol -le dijo la maestra con un tono como para acabar ahí la conversación sobre su papel.

A Daniela no le pareció buena idea hablar de qué tipo de oveja debería ser; suponía que tendría que ser una común y corriente. Una oveja de las que dan lana y ya.

Iñigo insistía en preparar su parte rebuznando a todo pulmón y la maestra parecía cada vez más desesperada.

Daniela pensó que no debería comenzar aún a hacer su papel de oveja, así que ensayaría a balar en su casa.

En casa su abuela estuvo toda la tarde cosiendo su traje de oveja mientras veía la telenovela y, después, un tonto concurso de hacer cosas ridículas por dinero. Daniela lo odiaba, pero no quería dejar sola a su abuela mientras trabajaba. Al fin y al cabo ella pensaba que sería el disfraz más lindo del mundo.

-¿Y tu parlamento? -preguntó su papá sonriendo-. Vamos a ensayarlos juntos. Cuando chico, en la obra de la escuela tuve que ser el rey Herodes.

-No tengo nada que decir en la obra. Solo soy una oveja -dijo Daniela.

-Bueno -dijo su papá rascándose la cabeza-, las Ovejas siempre son importantes en las obras de Navidad.

-Tiene que quedarse ahí en cuatro patas y hacer «Beeeeeee», Eso es todo -dijo la abuela detrás de su máquina de coser-y lucir este hermoso traje de lana que ya casi termino.

-Gracias abue -dijo Daniela-. Será el más lindo sin duda, y además tienes razón: solo tengo que estar ahí y balar.

El traje era perfecto, aunque un poco caluroso.

Daniela se miró al espejo y se encontró formidable.

Ser oveja le quedaba muy pero muy bien.

Llamó por teléfono a Patricio para preguntarle cómo iba con su personaje.

-Mi mamá sigue en su oficina y mi tía me dice que tiene un traje de cuando era pequeña, pero insiste en que hay que lavarlo. ¿Y si no me queda? Además la maestra no quiso explicarme qué tipo de árbol tengo que ser y...

Daniela pensaba que su mejor amigo se preocupaba mucho en la vida.

Al otro día la escuela era un caos navideño: niñas y niños corrían por todas partes, un coro desafinado de niños duendes ensayaba, mamás y abuelas con cámaras fotográficas, maestros que no sabían qué hacer. Daniela y Patricio se encontraron en la mitad de todo aquello.

El traje de Patricio no parecía un árbol.

-No encontramos un disfraz de árbol, mi tía me prestó este de cactus, pero me aprieta un poco.

-Pareces un pepino, pero bueno, total te vas a quedar muy quietecito detrás de todos, como utilería.

-¿Pero qué me dices del tuyo? ¿No se le pasó la mano a tu abuelita con la lana? ¿No estás muerta de calor?

La maestra los llamó a todos a la parte de atrás del telón, allí esperaron su turno: la obra de 4ºB sería el gran cierre del festival navideño.

-¿De qué vienes tú, Patricio? -le preguntó nerviosa la maestra.

No alcanzó a responder porque el maestro de ceremonias (que en realidad era el maestro de gimnasia) los anunció por el micrófono. Y todos gritando y en desorden salieron al escenario.

La luz iluminó al establo de cartón y la estrella apareció detrás sonriendo.

María y José, cansados del camino y acompañados de Iñigo, es decir, del burro, no sabían qué hacer. Se acercaba la noche y no tenían dónde dormir.

-A escena el posadero de Belén -ordenó en voz baja la maestra detrás del telón.

-¡El posadero! ¡El posadero! -repitieron algunos niños.

-¿El posadero? -dijo Juana que sabía exactamente dónde estaban y qué hacían todos y cada uno en el salón de clases- No está, maestra, dijo que tenía que ir al baño.

La maestra se tomó la cabeza con las dos manos.

En el escenario, María y José esperaban impacientes a quién pedirle posada.

Era un momento tremendo, todos se miraban con angustia y sin saber qué hacer.

A veces en la vida hay momentos en los que uno debe actuar y salvar la situación. No pasan muy a menudo, pero cuando ocurren, alguien tiene que hacer algo. Así que sin pensárselo dos veces, la oveja Daniela salió al escenario y les dijo:

-No hay lugar en todo Belén, pero tengo un establo donde guardo a los animales por el frío. Si les parece, hay espacio ahí y un poco de paja para cuando nazca su bebé.

Y aunque desde el público llegaron murmullos y risas, María y José se encogieron de hombros y decidieron seguir a la oveja que los llevaba al pesebre.

Las luces los siguieron y ellos se sentaron en la para a esperar el nacimiento.

Iñigo, el burro, se encontró allí a su hermano Fermín, el buey, y se saludaron con un abrazo emotivo.

-¡Hermano! -dijo el burro.

-¡Perdona por no querer ser el burro! Me gusta ser buey-le respondió.

-¡Eso no está en el libreto! -les gritó María.

Las luces se apagaron y la maestra envió a Juana, quien corrió velozmente y puso a su muñeco bebé en medio de María y José. Era el nacimiento de Jesús.

Cuando las luces se encendieron Juana no había abandonado el escenario del establo.

-No olvides cuidarlo muy bien, es muy caro, y no se lo prestes a José ni a los dos hermanos tontos.

Del público de nuevo llegaron murmullos y risas, y Juana, asustada, pegó un grito y salió corriendo. Los pastores y el ángel aparecieron por un lado del escenario.

-Mirad, es ahí... ahí... donde... -dijo el ángel titubeando.

-Di tu frase -le decía en voz baja un pastor enojado-. Di tu frase.

Pero el ángel paralizado no iba a decir su frase ese día.

Del otro lado del escenario apareció de nuevo la oveja y les dijo:

-¡Mirad pastores! En ese humilde pesebre ha nacido el salvador.

Los pastores se miraron entre sí. Si el ángel estaba mudo no tenían más opción que seguir humildemente a la oveja, y la siguieron.

Luego, en fila india salieron caminando los tres Reyes Magos, seguían una estrella.

La luz se movió hasta donde estaba Ana María, la estrella de Belén. Pero se había quedado dormida encima del tejado. Se fue resbalando suavemente, muy despacio hasta caer detrás del establo de cartón.

La maestra no pudo contener un grito.

El público de nuevo empezó a reírse, y esta vez más fuerte.

Ya sabemos que hay momentos en la vida en los que tenemos que actuar y salvar la situación. Entonces Patricio, a pesar de su apretado traje de cactus, avanzó desde la parte oscura y olvidada del escenario donde estaba parado con la demás escenografía y se trepó al tejado del establo.

-¡Hey! ¡Por aquí, Reyes! ¡Es acá donde está el bebé!

Los tres magos se miraron y decidieron seguir las instrucciones del cactus. Si no había estrella, bueno era un cactus. Patricio aprovechó la altura y su oportunidad en la obra para saludar a su tía que estaba entre el público.

Todos se reunieron alrededor del muñeco. Los reyes entregaron solemnemente sus presentes, los pastores se arrodillaron, el burro y el buey se acercaron a empujones para verlo mejor; y el posadero de Belén -que había llegado tarde-, la estrella, el ángel y el cactus también se acercaron. Luego miraron a la oveja. Era ella la que tenía algo que decir.

-Anda, oveja -le dijo su amigo cactus.

-Un niño ha nacido, lo anunció una estrella -dijo Daniela.

La gente del público guardó silencio.

Y de repente empezaron todos a aplaudir con fuerza y los niños se miraron sonriendo.

La maestra, que desde hacía un rato estaba sentada en el piso de madera totalmente abatida, se incorporó al escuchar los aplausos. Le

hizo una seña al encargado del sonido, era el momento de la música final, era el momento para el Gloria in excelsis Deo...

Pero el encargado del sonido se equivocó de música, y una vez más la maestra cayó de rodillas ante el estruendo de algo que sonaba como rock y que inundó la sala. Pero cuando vio que sus niños empezaron a bailar y saltar delante de todos, sus ojos se iluminaron.

Daniela danzaba al frente del grupo y la maestra avanzó hacia ella. Las dos se abrazaron sonriendo; al fin y al cabo, pensaba la maestra, solo en Navidad podía permitirse bailar con una oveja.

Cataplum Libros

Primera edición noviembre de 2019

©Cataplum Libros, 2019

©del texto Jairo Buitrago, 2019

©de las ilustraciones Juan Camilo Mayorga, 2019

Dirección editorial: María Fernanda Paz-Castillo

Dirección de arte: Ana Palmero Cáceres

Diseño de la colección: Camila Cesarino Costa

Corrección: Juan Pablo Mojica

ISBN 978-958-52412-5-1

Hecho el Depósito Legal

Impresión: Panamericana Formas e impresos S.A.

Impreso en Colombia-Printed in Colombia

Cataplum Libros

Carrera 20 No 39A 23, apto 201, Bogotá

57 (1) 30841 18 cataplum@cataplumlibros.com

www.cataplumlibros.com

Todos los derechos reservados.

Bajo las condiciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, Sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, Comprendidos la reprografía y el tratamiento informático.

Este libro está estructurado con parámetros de accesibilidad para garantizar el acceso autónomo e independiente, a las personas ciegas y con baja visión usuarias de lectores de pantalla, a la información, a la educación y al conocimiento. Estructuración realizada con la financiación de la Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo, AECID, y la cofinanciación de la Fundación ONCE – América Latina, FOAL. Se prohíbe su comercialización.

Bogotá, D.C. Agosto 2021